

modo muy directo el sistema de intervención y sus variaciones condicionados por los intereses económicos directos, pero también como resultado de la proyección ideológica en la que el catastro se convierte en un factor más para demostrar la superioridad romana y los derechos que asisten a los dominantes para controlar a los dominados. Del catastro al monumento urbano, los pasos de lo utilitario a lo exclusivamente ideológico se realizan imperceptiblemente, porque nada es exclusivamente utilitario ni exclusivamente ideológico. Su eficacia reside, en un caso y en otro, en la ambigüedad de los límites.

Finalmente, es bueno destacar la profunda matización que se realiza en las partes de este libro, que estudia la cultura gala. Esta ha sido reducida por los romanos en la realidad y en la imagen, para crear un aspecto de primitivismo que, sin embargo, luego ha servido de vía de idealización del primitivismo. No hay que olvidar que algunas prácticas primitivas, sobre todo en el plano religioso, han servido ya en época prerromana para justificar las incipientes formas de poder entre las comunidades en vías de crear una civilización urbana.

D. PLÁCIDO

*Universidad Complutense*

M. PONSICH, *Lixus: le quartier des temples (étude préliminaire)*. Etudes et travaux d'Archéologie Marocaine, vol. IX Rabat, 1981 (148 pp. xxxix planches, 41 figures).

Parece que se puede postular que la antigua ciudad de Lixus tiene mal de ojo. Excavada en diversas ocasiones y a lo largo de muchos años, distintos avatares han ido impidiendo la publicación y el estudio de sus restos, singularmente importantes, pues no se puede olvidar que esta ciudad del extremo occidente, hermana gemela de Gadir/Gades, representa un papel fundamental en las navegaciones fenicias y púnicas por los derroteros del Mediterráneo sur y del este del océano Atlántico. El eje Mogador-(Es-Sawira)-Lixus, con fuertes diferencias sobre la situación de la costa andaluza oriental de la península Ibérica, significa la última tierra a la que alcanza el influjo fenicio-púnico, el extremo occidente de la navegación de los cananeos (que ya va siendo hora de llamarles por su nombre y no por el apelativo derivado de la púrpura que les colgaron los omnipotentes griegos).

Desde las antiguas excavaciones de Montalbán, pasando por las de Tarradell, para acabar con las de Tarradell-Ponsich, la información ha sido generalmente escasa, de lo que se queja, con razón, el autor del volumen. En realidad, una serie de imponderables han recordado sensiblemente las posibilidades de publicación. En el capítulo preliminar, el autor expresa claramente las dificultades que hubo para conseguir la parte de texto que correspondía a su compañero de excavaciones, M. Tarradell, que nunca redactó lo que correspondía a sus propias excavaciones. Es cierto, y el A. lo declara, que las circunstancias lastimosas de carácter familiar que sufrió su colega impidieron de todo punto la indispensable colaboración. Yo viví por mi parte junto al profesor Tarradell las mismas circunstancias y me explicó muy bien su abatimiento y apatía; ellos, sin embargo, han impedido que el inicial proyecto llegase a buen puerto. *Habent sua fata libelli!*

Dadas las circunstancias, y ante la imposibilidad de obtener el texto y la documentación complementarias, el A. decidió tirar por la vía de en medio y ofrecer al mundo

científico todo lo que podía proporcionar sobre este yacimiento esencial. ¿Quién no le agradecerá la decisión que nos permite saber mucho de aquel yacimiento, aunque no sea todo lo que el A. habría deseado?

Tras un escueto resumen geográfico-histórico, rico en información gráfica, se entra en el análisis, descripción y datación de los diferentes edificios encontrados en el barrio lítico de los templos. Van ordenados por orden alfabético, según su aparición progresiva en las excavaciones, sin tener en cuenta la cronología a la que pertenecen. Nosotros los daremos por un orden más o menos cronológico, siguiendo las fechaciones dadas por el A. Lo más antiguo son el *templo H* y el *edificio A* (del VI-V a. C.). Del segundo queda muy poco, pero el templo, que el A. atribuye a Melkart, es un edificio de considerable importancia, orientado en sentido Norte-Sur, del que sólo se conserva un enorme ábside, pero cuya planta ha sido imitada en los templos F y G. En el centro de la cuerda del ábside hay una plataforma que pudo sostener un altar, frente a un edículo cuadrangular en el centro de la curva del ábside.

Del siglo III-II a. C., es el *edificio B*, que fue abandonado en el siglo I de nuestra era. De pequeñas dimensiones, su planta es un rectángulo de once por cinco metros, con tres cámaras, amplía la central y muy estrechas las de los extremos. El edificio E parece que tiene origen en el siglo I a. C. y un segundo nivel perteneciente a los siglos IV-V d. C. Formado por una planta rectangular alargada rematada en un extremo por dos ábsides y con vestigios de una línea axial de columnas. No concluido de excavar poco se puede decir acerca de su significación y uso.

De época altoimperial tenemos el templo F, construido sobre el gran templo H, con una *cella* al Sur, edificado en tiempos de Iuba II. La planta en sentido Norte-Sur muestra un ábside semicircular, separado de un patio porticado por un muro con varias puertas. Gran parte de la zona a cielo abierto del patio tiene un podio elevado a la misma altura que el pavimento de la *cella*, en la extremidad meridional, que es tripartita, y la cámara central cuenta con un ábside de curva muy rebajada, casi recta, cuyo techo apeaba en cuatro columnas. Junto al templo hay un gran conjunto de dependencias.

El templo D, excavado ya en parte por L. C. de Montalbán en los años treinta, es rectangular con un pórtico. Muy deteriorado por la extracción de piedra para los hornos de cal, se fecha arqueológicamente en el siglo II de nuestra era.

El templo G tiene una planta relativamente parecida al gran templo H: un gran ábside semicircular, ampliado en el siglo I o II de la era, y un patio cuadrado que enfrente del ábside presenta también otro ábside casi plano. Se abandonó en el siglo IV d. C.

Quedan por reseñar dos edificios y otras dependencias. El edificio C, de época preaugústea, es rectangular, con una escalera de acceso al E. Sólo queda un podio de cuidados sillares y en la fachada este dos umbrales de más de cuatro metros de largo cada uno. No se puede aventurar cuál sería la función de este edificio por más que todo permite suponer que era un lugar público de importancia.

Un poco posterior en el tiempo es el edificio I, fechable en tiempo de Iuba II. Tiene las paredes arrasadas y sólo se conserva un pavimento de *opus signinum*, en el que quedan los apeos de un pórtico cuadrado de columnas. Parece que está en relación con las Termas contiguas, por más que éstas se fechan en los siglos IV-V de nuestra era, aunque su comienzo pudo ser muy anterior, lo que no ha podido ser comprobado por haber sido excavadas antes de 1940 y haberse extraviado los materiales que la excavación proporcionó. Las termas tienen dos hogares independientes para calentar el *tepidarium* y el *caldarium*, y dos piscinas de agua fría.

Queda por describir una basilica cristiana, de tres naves, precedida por un nártex, un patio descubierto y un edificio rectangular alargado, que cierra el patio por el NO. La orientación del ábside, rehecho, es al SE y no al E, como es generalmente habitual. Una estructura cuadrangular añadida a la parte exterior del saliente del ábside ha sido interpretada como plataforma para la que se eleva un alminar, incluso se defiende la hipótesis de que la basilica fue convertida en mezquita, modificando el ábside para convertirlo en un *mihrab*. La separación de naves se marca fundamentalmente en la zona más cercana al ábside diseñando una *prothesis*, un *diakonikon* y la *bema*, que debieron marcarse por arcos mientras el resto de la sala iría cubierto con envigado de madera. En el siglo VII hay noticias de que Lixus era cabeza de obispado.

El volumen se cierra por un interesante capítulo en el que el A. ha propuesto una periodización evolutiva del conjunto templario, que sirve muy bien para hacerse una idea del proceso, claramente descrito gracias a las excelentes dotes de dibujante y a la claridad de los gráficos realizados por el A. El mismo se queja de que el libro es incompleto por la imposibilidad de obtener los datos de que disponía el profesor Tarradell. Sin duda, el manejo de esos datos, o la redacción de los capítulos de sus excavaciones, habrían enriquecido la documentación del libro y habrían permitido hipótesis más elaboradas. Pero no se puede dudar de que Ponsich ha hecho una labor realmente titánica, y gracias a ella se ha podido salvar para la investigación un conjunto de excepcional importancia histórico-artística, ricamente documentado con abundancia de planos, gráficos y fotografías, y que cualquiera que quiera saber algo sobre la vieja ciudad a las orillas del meandrizante Lukos habrá de estudiar a fondo este volumen, único en el que se puede encontrar todo lo que ha sido posible salvar de la información acumulada. Es una suerte.

ENRIQUE A. LLOBREGAT

Director del Museo Arqueológico de Alicante

P. A. BARCELÓ. *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden. Studien zur karthagischen Präsenz im westlichen Mittelmeerraum von der Gründung von Ebusus (VII. Jh. v. Chr.) bis zum Übergang Hamilcars nach Hispanien (237 v. Chr.)*, Bonn, Dr. Rudolf Hubelt, 1988. IX + 201 pp. + 1 map.

La presencia cartaginesa en Occidente constituye uno de los aspectos peor conocidos de la expansión fenicio-púnica en el Mediterráneo. En consecuencia, las reconstrucciones históricas han adolecido durante mucho tiempo de importantes tópicos tomados, como aquel del imperialismo cartaginés, de las propias afirmaciones de antiguos documentos escritos por griegos y romanos, que eran adversarios de Cartago, o edificados, como la supuesta destrucción de Tartessos a manos de los cartagineses, a partir de teorías, como la de Schulten, ciertamente imaginativas, pero escasamente contrastables. En contra de esta tendencia se alzaron voces como la de Finley, Merante, Grass o Whittaker, entre otros, que reaccionaron ante la opinión mayoritaria, proponiendo en su caso análisis mucho más ponderados. Por ello, es bueno recibir hoy el libro del profesor Barceló que, alimentado por dichas revisiones críticas, constituye una obra de conjunto de la que hasta ahora carecíamos, útil y necesaria, por tanto.

El primer capítulo de este interesante trabajo (Ebusus: ἀποικία καρχηδονίων?, pp. 5-25) trata sobre la hasta ahora considerada como la más antigua presencia de Cartago